

SOY MÁS

Autora: Mishi Yasmine.

Lucas, el niño abandonado. Lucas, el que, en vez de hablar, chilla. Lucas, el de la mirada perdida, en un mundo más perdido todavía. Lucas, el del rostro marcado de un color morado que él mismo se dibuja. Ese soy yo. Lucas, de apellido autista. Sin embargo, si me miras bien, verás todo lo que se esconde bajo esa palabra. Soy más, mucho más.

Soy esa sonrisa que puede descubrir todo el que se detiene a apreciarla, aquellos que son capaces de ver a través de mi piel, justo debajo de las costillas; todos esos que logran escarbar las mil capas que me protegen y comprender quién, en verdad, soy.

Porque soy las quinientas veces que gritaré, literalmente, la misma palabra, las mismas que recorreré la estancia donde me encuentre en línea recta porque, sencillamente, no puedo parar. Porque no sé hacerlo, no logro controlar mis emociones. Soy intensidad, para lo bueno y para lo malo. Soy sinceridad. Soy las veces que río de un modo exagerado y las lágrimas que derramo, aun cuando solo lo haga por dentro. Soy esa boca que, en muchas ocasiones, habrías tenido que alimentar con tu propia mano; soy ese cuerpo que necesita ayuda para actividades tan básicas como vestirse o poderse bañar; soy ese dolor de cabeza que no sé gestionar y por el cual corro el riesgo de pagarlo con quien no lo quiero pagar. Soy fuerza, esa que tienen que frenar, muchas veces entre varios brazos, porque no la puedo dominar, pero también soy debilidad y sufro cuando hago daño a los demás.

Soy el «te quiero» que no logro pronunciar, el abrazo que no siempre sé dar. Soy tristeza y soy felicidad. Soy el mundo en el que me pierdo cuando casi se me olvida respirar. Soy, además, ese que es capaz de sentirse pleno con algo tan sencillo como pasear. Mis ojos se iluminan cuando juego con mis compañeros de vida, esos que, como yo, viven en su propia soledad. También soy ese que ve cuando esos compañeros, con los que comparto mi mundo, se van y, entonces, los mira con curiosidad. Curiosidad, que no pena, porque no se puede sentir pena por lo que nunca has conocido, no es posible extrañar lo que nunca se ha tenido. Sin embargo, soy esa mente que se pregunta por qué no se va como los demás. Soy esos oídos a los que llegan las conversaciones de quienes me cuidan, esas palabras que me recuerdan que, aunque no estoy solo, tú no estuviste ni estarás. Porque, aunque muchos se empeñen en creer que no entiendo, lo hago. Y comprendo que soy esa carta que dejaste, junto a un cuerpo diminuto, a las puertas de este lugar, mucho tiempo atrás. Soy esa oportunidad que me diste al nacer y esa que me negaste antes, incluso, de descubrir que era especial. Soy la nota discordante en una vida que no quiso, o no pudo, ser compartida con la mía.

Soy especial, aun cuando no entiendo bien por qué. Diferente, sí... pero ¿diferente de quién? No soy tan distinto de aquellos que se empeñan en incluirse dentro de la normalidad. ¡Qué ingenuos! No saben que ellos, como yo, también son sueños, miedos y necesidad. Porque todos y cada uno de nosotros estamos rotos, aunque unos más que otros. Quizá tenga algo de cierta esa definición con la que, a los que son como yo, nos han decidido encasillar. Incapacidad, de significado incapaz. Y yo lo soy, puedo ser torpe, a veces incluso ignorante, pero, sobre todo, me declaro incapaz de comprender la maldad. Porque esta existe, aunque a veces me cueste distinguirla. Soy víctima, en algunas ocasiones, de eso que tanto me cuesta aceptar, pero soy, también, el maravilloso don de perdonar. Soy nobleza, soy inocencia, soy un corazón dispuesto a regalar todo lo que tiene para dar.

Soy heridas en carne viva, heridas que, tal vez, ya nunca se podrán borrar. Soy debilidad y resiliencia a partes iguales, porque soy capaz de soportar lo insoportable. Aguanto hasta cuando no parece posible hacerlo y esto es, básicamente, porque no sé que no soy capaz. Entonces, lo hago. (Sobre)vivo. Respiro. Duermo. Siento, luego existo.

No soy muchas cosas. No soy un bicho raro, no soy un espécimen que tengas que investigar. No soy locura, no soy un enfermo, no soy algo de lo que debas tener miedo ni un objeto roto que debas arreglar. Soy, por suerte o por desgracia, parte de la humanidad. Soy uno más, uno de tantos, uno de pocos que sueñan con volar.

Soy esos labios que se van a casa, tras una jornada laboral, con una radiante sonrisa en los labios. Soy la mente que, curiosa, se despierta con ganas de saber más sobre esta manera, impuesta, de vivir. Soy ese hogar al que no pedí venir, pero vine, y con el que me siento afortunado de contar.

Soy los días que me quedan por vivir, las rutinas que me faltan por llegar. Soy la monotonía de unos años venideros que poco o nada cambiarán. Pero también soy libertad, porque, contrariamente a muchas personas, yo elijo a quien querer y, cuando lo hago, lo hago de verdad. Y a ti te hubiera querido, a ti te hubiera amado de la única forma que sé amar. Mamá. Porque, ¿sabes?, soy ese que no te extraña, porque no te conoció lo suficiente para hacerlo y porque, aunque soy angustia ante lo nuevo, también soy el que se termina por adaptar. Y te perdono, porque no sé no hacerlo, porque en mi alma no hay hueco para odiar.

Soy todas esas cosas y soy mucho más. Porque soy del verbo ser, pero también del verbo estar.